



TESTU ETA ARGAZKIAK



Iñigo Irujo

Docente de profesión y antropólogo de vocación, el mayor legado que heredó de su padre fue la pasión por las montañas. Una pasión que le acompaña desde hace cinco décadas y que sigue tan viva como el primer día.

PEÑA ROCÍAS: KILÓMETRO VERTICAL

Peña Rocías es una montaña modesta y cercana. No destaca ni por su altura, ni por sus dimensiones, ni por su dificultad. Sin embargo, la carencia de estas u otras cualidades semejantes no le restan un ápice de interés. Un interés que reside, sobre todo, en sus fortísimas pendientes y en los cerca de mil metros que separan su cima de la aldea a la que debe su nombre y que apenas sobrepasa los 400 m. Además, aunque su cara norte, la vertiente por la que discurre el itinerario que describiremos a continuación, no alcanza la escala y está desprovista de los obstáculos de su homóloga del Castro Valnera, parece tan inexpugnable y amenazadora como ella. Su ascensión constituye, por tanto, todo un desafío para los buscadores de nuevos retos y los amantes de las rutas poco o nada frecuentadas.



Cara Norte de Peña Rocías

APROXIMACIÓN

El barrio de Rocías, el lugar desde el que parte esta ruta, es una aldea perteneciente al ayuntamiento cántabro de Arredondo que se localiza en la margen derecha del río Asón, a escasos kilómetros de la capital del municipio. Para llegar hasta él es preciso tomar la Autovía del Cantábrico hasta Colindres y, una vez aquí, continuar por la N-629 y la carretera autonómica 261 hasta Ramales y Arredondo. Pero ojo, antes de cruzar el puente sobre el Asón para acceder a esta última localidad hay que tomar una desviación a la izquierda y ascender un par de kilómetros por una pista estrecha y asfaltada que cuenta con media docena de curvas muy cerradas. Una vez

finalizado este tramo, hay que seguir de frente en dirección a un término llamado Hoyos Negros y hacerlo hasta que la prudencia o el estado del firme nos obligue a detenernos y arillar el vehículo.

Es importante evitar el núcleo principal de la aldea porque en sus proximidades se inicia la vía normal, la que asciende por la Canal de Cantispuela y aparece descrita en todas o casi todas las reseñas que se ocupan de esta montaña. Nuestro verdadero destino no es la vertiente noroeste sino la norte, la que se encuentra al otro lado de la arista y comienza o finaliza en el Valle de Ruesga.

RUTA DE ASCENSO

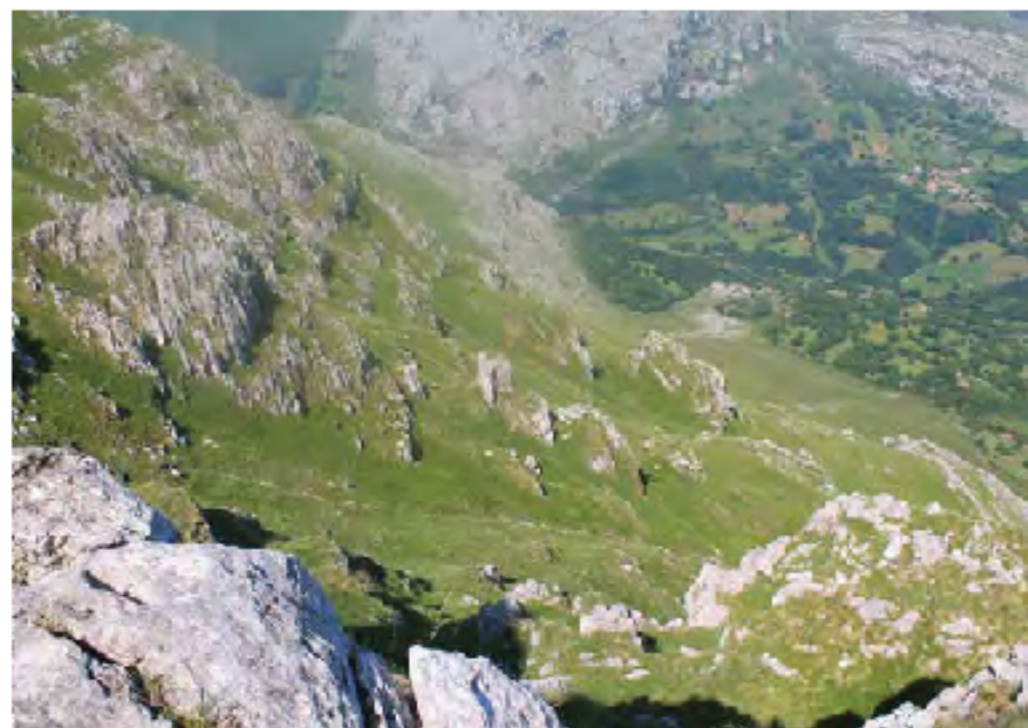
Tras estacionar el coche junto a un pajar procurando no interrumpir el paso (Oh), pasamos revista a toda la cara norte de Peña Rocías con el fin de encontrar un camino que nos lleve hasta su cima. A fuerza de mirar una y otra vez, observamos la existencia de tres zanjas o surcos paralelos que recorren su vertiginosa pendiente y parecen haber sido excavados por las aguas procedentes de la lluvia o el deshielo. Desde donde nos encontramos, resulta muy difícil decidirse por uno de los tres pero, al final, optamos por seguir la línea más directa, la



que, además de recorrer de arriba a abajo toda la ladera, aparenta estar libre de obstáculos. Esta línea, la más occidental de las tres, se localiza en el extremo derecho, a escasa distancia de la ruta normal, y es conocida con el nombre de Canal del Tijo.

Comenzamos a ganar terreno atravesando un par de alambradas y un pequeño lapiaz atravesado por multitud de senderos conocido localmente con el nombre de El Peñascal. Al llegar al pie del acantilado (0 h 20 min), descubrimos la magnitud y la inclinación de la ladera que estamos a punto de remontar, pero... es tarde para el arrepentimiento. Paso a paso, ascendemos por un cono de deyección hasta la

Vista general del descenso





Peña Lavalle y Porracolina

base de un zócalo o contrafuerte rocoso y la trinchera que el agua ha ido abriendo a sus pies (0 h 35 min). Superados uno y otra (0 h 50 min), alcanzamos el inicio de una interminable pendiente tapizada de hierba que, como más tarde descubriremos, va a acompañarnos casi hasta la cumbre.

Los primeros compases de esta segunda parte son relativamente sencillos. Avanzamos lentamente y lo hacemos ayudados por un bastón que lo mismo nos sirve para sondear la altura de la hierba que para evitar una caída de fatales consecuencias, guardar el equilibrio o afianzar los pies. La pendiente sigue incrementándose hasta alcanzar porcentajes del 65 o 70%. Nos introducimos en una especie de cuello de botella (1 h 10 min) que va estrechándose progresivamente hasta encajonarse y convertirse en un pasillo (1 h 35 min) de poco más de dos metros de anchura que se asemeja a alguna de las secciones de la Canal del Agua. Este tramo de unos 150 metros de longitud constituye la clave de todo el recorrido y no admite errores ni vacilaciones. Su única dificultad adopta

la forma de bloque empotrado, un bloque que puede sortearse fácilmente mediante un corto desvío hacia la izquierda y un par de metros de fácil trepada.

Su única dificultad adopta la forma de bloque empotrado

Tras coronar la parte más delicada de la Canal del Tijo (1 h 50 min), las dificultades y el riesgo disminuyen. Nos encontramos en la base de los farallones rocosos que rematan la muralla. Alrededor y por encima del punto en el que nos encontramos, observamos una serie de balcones, espolones o terrazas herbosas muy parecidas a las que hemos ido dejando atrás. Las gramíneas no están solas, junto a ellas crecen cientos y cientos de asfódelos recién florecidos y de una blancura casi sobrenatural que contrasta con el verde intenso de las gramíneas. Falta encarar el último tramo, el que lleva hasta el cordal y la cumbre. Completamos la primera operación en veinte minutos (2 h 10 min) que

es el tiempo que empleamos en remontar las últimas rampas, las que conducen al collado que marca la divisoria existente entre la vertiente norte y el Hoyo Cantispuela. Una vez aquí, el instinto nos empuja a girar hacia el este y avanzar por el filo del acantilado hasta una antecima y una cruz conmemorativa dedicada a un tal José. La cumbre principal se encuentra unas decenas de metros más allá, al final de una pequeña plataforma sobre la que se levantan un montículo de piedras y un buzón (2 h 30 min).

Si hacemos caso a los datos facilitados por el I.G.N., nos hallamos a 1342 metros de altitud. Eso significa que el desnivel que acabamos de superar se aproxima o ronda los 900 metros. El cielo está despejado, brilla el sol y las vistas son magníficas. Hacia el norte divisamos el Cantábrico, la Bahía de Santander, Santoña, El Buciero; al oeste, los picos que forman parte del P. N. Collados del Asón: Castro Valnera, Porracolina, Peña Lavalle, Peña Lusa y Picón del Fraile y al sur, la Sierra de Horniño, Soba y el Portillo de la Sia.



rar a la izquierda, superar la cresta que se desprende del Picón de Martipeña, perder altura y negociar un paso que nos permita atravesar y dejar atrás el zócalo rocoso que recorre la base de esta vertiente.

La tercera, y la que elegimos en esta ocasión, es simple y rápida, aunque entraña algún que otro peligro porque implica volver a la cara norte y destrepar algunos tramos rocosos que, a pesar de su exposición, no requieren mucha pericia técnica. El descenso comienza precisamente en la arista que conduce hasta la mismísima cumbre. La línea que hay que seguir resulta lógica

y está compuesta de 2 ó 3 tramos rocosos y otros tantos corredores que finalizan al pie de una cima subsidiaria. A partir de aquí, las dificultades empiezan a remitir porque ya estamos familiarizados con el terreno que ahora pisamos. Perdemos altura mientras nos vamos desplazando hacia a la izquierda con el fin de enlazar con la ruta de ascenso. Tras hacerlo, sentimos cierto alivio sabiendo que se acabaron las sorpresas o los imprevistos. Al llegar al coche, consultamos el reloj para descubrir que hemos empleado bastante menos tiempo en bajar que en subir, una hora menos para ser exactos.

En la parte más delgada de la canal

RUTA DE DESCENSO

Es hora de volver y para hacerlo barajamos varias posibilidades. La primera y más sencilla consiste en regresar por la Canal de Cantispuela que viene siendo el itinerario más popular, frecuentado y seguro en caso de que la niebla, acompañada o no de lluvia, haga acto de presencia. Lógicamente, existen otras alternativas. La segunda requiere grandes dosis de paciencia y mucha atención porque discurre en su mayor parte por la gamma, por el laberinto de caliza que se extiende al este de la cima. Los primeros centenares de metros son los más complicados por la ausencia de puntos de referencia y porque resulta imposible avanzar en línea recta. El terreno es un caos y se halla repleto de pozos, dolinas, grietas, afloramientos rocosos o áreas acuchilladas que dificultan la marcha. Por fortuna, todas estas dificultades desaparecen progresivamente a medida que nos acercamos y descendemos a la dolina que separa el Hoyo Masallo de Riva y del Valle de Ruesga y recibe el nombre de Hoyo Martipeña. Alcanzado ese punto, es imprescindible gi-

